

ducción y extinción". Este deduce a partir de datos ecológicos y de patrones de asentamiento el número de habitantes para una región costera de Brasil ocupada

por los indios tupinambá antes de la conquista. A partir de esta reconstrucción puede medir la verdadera dimensión del derrumbe de la población a raíz de la

llegada de los europeos. El autor utiliza fuentes novedosas para estimar el número de habitantes y así ponderar los efectos que produjo la conquista.

Sandino rescatado

Emma Yanes

Instituto de Estudios del Sandinismo, *Ahora sé que Sandino manda*, Managua, Ed. Nueva Nicaragua, 1986, 435 pp.

En Nicaragua, la historia oficial bajo la dictadura de Somoza se empeñó en borrar de la memoria colectiva el asesinato del líder campesino Augusto César Sandino. Nunca apareció su nombre en libros de texto, ni fue mencionado en los cursos, ni en la prensa, ni mucho menos en la diplomacia internacional. Por lo demás, las carreras de historia, antropología y sociología no existían. Sólo el libro *El verdadero Sandino o el calvario de las Segovias*, bajo la firma de Anastacio Somoza, hace referencia al líder. Lo hace, desde luego, para satanizarlo. Sandino es, según ese texto, un analfabeta, bandolero y robavacas, que pasó a mejor vida gracias a la mano del general. El libro, editado al finalizar los años treinta, no tuvo ningún éxito, causó más bien malestar e indignación. Lo mismo sucedió en 1959 cuando la censura prohibió la circulación del libro *El señor presidente* de Miguel Angel Asturias.

Ni el tiempo, ni la represión militar e ideológica, lograron des-

pojar al país centroamericano de su historia subterránea. Quién era el Sandino asesinado en 1934, y porqué y cómo había luchado contra el ejército norteamericano y las fuerzas conservadoras, era algo que permanecía en la memoria. La lucha de antaño se transmitía entre los campesinos de generación en generación. En los años sesenta la todavía incipiente guerrilla descubre en Sandino a un "héroe nacional clandestino". La tradición oral y sus canales cotidianos burlan a diario la imposición cultural y política del régimen. Desde la montaña Carlos Fonseca —futuro fundador del FSLN—, afirma "Es impresionante la familiaridad con que el campesino y el montañés mencionan el nombre de Sandino. El joven campesino repite con respeto el relato de sus mayores". En los meses de julio y agosto de 1960, Carlos Fonseca establece relación con el coronel sandinista Santos López y el capitán Heriberto Reyes, ambos veteranos del Ejército Defensor de Soberanía Nacional. Los suyos fueron testimonios de primera mano sobre la lucha popular de los años veinte y treinta, retomados por la nueva generación de nicaraguenses.

Después de la traición a Sandi-

no por el presidente liberal Juan B. Sacasa, los miembros del Ejército Defensor se vieron obligados a ocultar su identidad bajo nombres ficticios y abandonar a su familia. Pero difundían en secreto su propia historia. Luego del triunfo revolucionario de 1979, el Instituto de Estudios del Sandinismo compiló por medio de centenares de grabaciones los testimonios de esos primeros combatientes. El resultado es el libro *Ahora sé que Sandino manda*. Su columna vertebral es precisamente la memoria colectiva: las vivencias frescas de un ejército campesino pobre y casi desarmado que logró en los años veinte vencer a las fuerzas conservadoras y al ejército norteamericano hasta que Sandino decide entregar las armas al gobierno liberal de Sacasa. Después la historia conocida: el presidente había negociado ya con los Estados Unidos el asesinato del líder popular y la formación de la Guardia Nacional.

El primer capítulo *La columna Segoviana*, corresponde a los años de la guerra constitucionalista —1926-28—, y al nacimiento de la primera cédula sandinista entre los mineros de San Albino. Comenta uno de los veteranos: "Yo conocí a Sandino perfectamente

porque trabajamos juntos. En San Albino había cuatro talleres: de herrería, de mecánica, de carpintería, de albañilería. Augusto era bodeguero, yo sacaba los fierros de donde él y se los daba a cada segundo maestro. . .". Con los mineros Sandino inicia su apoyo armado a la lucha liberal. Recuerda José Paul Barahona: "Un día menos pensado nos llegó la noticia a San Albino de que habían entrado las tropas de Adolfo Díaz al pueblo de Murra; que habían asesinado a Inés Ochoa, a Lilo Leal; que habían violado a dos niñas: María Salomé y Concepción Cárdenas; que le habían quebrado la canilla a Lizandro Colindres, que Rigoberto Colindres estaba herido, que a Firiberto Barahona lo habían colgado, pero éste se les escapó y fue a dar aviso a San Albino. Fue allí de donde partió nuestra rebeldía y fue cuando nos rebelamos". Se forma así la Columna Segoviana.

El segundo capítulo, el más extenso, narra seis años de resistencia antimperialista. Dice Heriberto Toruño: "Los machos (sobrenombre dado a los norteamericanos) a cualquiera lo agarraban y lo pateaban; hacían lo que ellos querían, con las mujeres lo que les parecía. ¿Quién les iba a decir nada si ellos mandaban? Mataban a cualquier persona y por gusto la mataban. Eso es lo que hacían, sólo barbaridades en Nicaragua". Agrega Santos López: "En Yalí sacaron de las ruinas de las iglesias las imágenes y campanas, y las tiraron al río. Tomaron prisioneras a las familias campesinas, reconcentrándolas en Yalí, junto con otras familias de las aldeas cercanas; aquí hubo centenares de muertos entre niños, mujeres y ancianos, por hambre. Los yanquis solamente los llevaron hacia allí, sin procurarles alimentación".

A lo largo del capítulo se habla de la táctica de guerra de guerrillas. Dice Aurelio Osabas: "Nosotros derrotamos en aquél tiempo a los yanquis porque eran unos babosos: tiene más viveza el nicaragüense. Por donde quiera los agarrábamos en emboscadas, ahí los matábamos. Y así era como avanzábamos armas y municiones. Los que planeaban las emboscadas eran los generales y el general Sandino. ¡Sí, es que el yanqui no sabe!". Es la historia de David contra Goliat. De un ejército mercenario armado hasta los dientes —bien alimentado y pagado—, contra un grupo de campesinos sin sueldo internado en la montaña desde donde observa a su enemigo. Los niños siguen el movimiento de la tropanorteamericana desde los árboles, las mujeres la denuncian cuando pasa por los ríos, los jóvenes avisan el camino que ha tomado. Luego vienen los ataques por sorpresa, las armas decomisadas, la batalla ganada. Comenta Aurelio Osabas: "Como les digo ahora, nosotros no teníamos ningún sueldo, ahí nunca, nunca nos pagaron un centavo; allí andaba uno por voluntad, por puro honor de que veía cómo mataban a la gente los yanquis, a patadas". Agrega Nasario Ortega: "Nosotros nunca vestimos un traje militar, ni uniforme; vestíamos como el campesino; zapatones, sombreros de palma, y el sombrero llevaba la insignia roja y negra, que era una cinta, y un pañuelo rojo y negro también, en el cuello. No devengábamos sueldo. El general Sandino nunca nos pasó un centavo. Era un ejército voluntario y era sólo de jóvenes. Allí el más viejo era de unos 32 años". A falta de sueldo y provisiones los veteranos recuerdan las canciones con las que buscaban alegrarse los campamentos. Una de

ellas, de Tranquilo Jarquín, dice por ejemplo:

Yo soy de los defensores, que con sangre y no con flores, luchamos por conquistar la segunda independencia;
Yo soy el indio que mora, por la cordillera andina, el que a su patria adivina la pena que la devora;
Dicen los americanos, ya tenemos sepultura, el que no muera de bala, morirá de calentura.

En el mismo capítulo se hace referencia al servicio de inteligencia y contrainteligencia de Sandino, a la derrota de las fuerzas de ocupación, al Convenio de Paz con el nuevo gobierno liberal, y al proyecto de cooperativas agrícolas, que recuerda el sueño de colonias militares de Francisco Villa. Recuerda Juan Sánchez: "El quería hacer un pueblo con todo el que llegara que tuviera amor al trabajo; y entonces a todos les decían que fueran llegando poco a poco, a todos los que habían andado con él, para que fueran a trabajar. Eso era lo que él procuraba para toda la gente, porque él quería ayudarles a hacer un pueblo grande, estar allí él y las fuerzas armadas. Teníamos tierras para sembrar, explanadas más grandes que ésta; en Wiwilí era lindísimo. El río, como de aquí a aquel cerro. Un río grande que embarcaba allí e iba a dar a Puerto Cabezas, a todos los puertos de allí nomás. El pensaba que se organizara todo, nos iba a enseñar a leer ahí. Durante la guerra él no nos enseñó a todos porque no había lugar, pero a muchos sí, muchos chavalones aprendieron a leer". Dice Luciano Gutiérrez: "En Wiwilí, estábamos trabajando y con el arma, siempre estábamos en servicio. Sembrábamos maíz,

frijoles, hortalizas, para todos en general; y la cosecha no la vendíamos, la aprovechábamos nosotros. Las mujeres trabajaban en algunas cosas para ayudar a sostener a los que estábamos. Ellas se mantenían echando tortillas, cocinando frijoles, cocinado pues. Otra semana les tocaba a otras y aquellas quedaban descansando. Otras mujeres trabajaban de lavanderas. En las noches estábamos siempre al celo, formando la vigilancia, custodiando al general Sandino, porque él estaba ahí”.

Sandino, como Emiliano Zapata y Francisco Villa, no pensaba en ser presidente, quería simplemente trabajar en paz y que los norteamericanos abandonaran el país. Gran desafío. Una vez que las tropas estadounidenses abandonan Nicaragua, confía en el

gobierno liberal de Sacasa y entrega las armas. El nuevo presidente había formado ya para entonces la Guardia Nacional con instructores estadounidenses. Su primera tarea: asesinar al líder campesino. La segunda: acabar con las cooperativas. La tercera: perseguir y matar a todos los miembros del Ejército Defensor. Bajo el mando del general Somoza, se cumplieron los primeros dos objetivos, pero no el tercero, quedó un puñado de hombres en la montaña. Son la memoria de hoy. De eso habla el tercer capítulo.

Por último el texto incluye una semblanza de cómo era Sandino y cuáles eran sus objetivos. Escribió sobre sí mismo: “Soy artesano pero mi idealismo campea en el amplio horizonte del internacionalismo. . . Mi mayor honra es

surgir del seno de los oprimidos que son el alma y nervio de la raza. . . No soy político profesional, sino un humilde artesano. Mi oficio es mecánico y con el martillo en la mano me he ganado el pan toda la vida. Y creo que el hombre que de su patria no exige ni un palmo de tierra para su sepultura, merece ser oído, y no tan solamente ser oído, sino también ser creído”.

El libro *Ahora sé que Sandino manda*, permite conocer la lucha de Nicaragua por su liberación en los años veinte, desde la voz de mineros y campesinos. Demuestra la importancia de la historia oral como una de las formas de resistencia popular, la narración de los recuerdos como mecanismo endógeno de conocimiento.

Francisco I. Madero: místico o frío estratega

Leticia Gamboa Ojeda

David G. LaFrance, *Madero y la revolución mexicana en Puebla*. Puebla, Ed. UAP, 1987, (col. Historia) 247 pp.

A las manos de muchos amantes de la historia de México, sin duda llegaría en 1987 el volumen dedicado a Madero, escrito por Enrique Krauze en su obra *Biografía del poder*. Pero sólo unos cuantos hemos tenido ocasión de leer el valioso y documentado libro de David G. LaFrance, motivo de este comentario y de la obtención del grado de doctor de su autor, por la Universidad de Indiana.

Mi alusión al conocido libro de Krauze no es gratuita, pues de él me serviré, en principio, para delimitar el carácter del de LaFrance. Conforme iba leyendo al primero me fui cerciorando de que la visión de su autor sobre Madero, anunciada en el título con el calificativo de “Místico de la libertad” y que a mí me pareciera un mero recurso literario, dominaba por completo en el texto.

Casi al final me decía que sólo faltaba santificar a Madero para no dejar hilo suelto en esa visión. . . y en la última página encontré que Krauze lo pretende por boca de

otros: San Marcos y San Mateo en los Evangelios, y Antonio Caso que llamara al personaje “San Francisco Madero”.

La lectura del libro de LaFrance brinda una visión diametralmente opuesta. Palabras como “místico”, “redentor”, “espírita”, “amor”, “fe”, “caridad”, “apóstol”, “pálpito”, “calvario”, “fervoroso”, “alma”, “inmortalidad” y hasta “medium” de las que Krauze se vale convencido, están del todo ausentes en la obra de LaFrance. En ella se califica a Madero, por el contrario, de “astuto estratega político” para llegar al poder, aunque no para